

«M'exalta el nou i m'enamora el vell»

Esteban Padrós de Palacios



Un camino, una ayuda

Para mí, J. V. Foix ha sido, es, un poeta excepcional. Desde mis años de universitario, he seguido con auténtica pasión el desarrollo, lento y seguro, de su obra. Con pasión, es decir, con instantes de una identificación total y otros más distanciados, incluso críticos. Pero, para mí, Foix ha sido también un tipo que señaló mi iniciación en el campo de la cultura y el arte. En mi áspera juventud, participé en las tertulias domingueras de Ribá y Foix. En la primera, hallaba una masa de cultura que, confieso, no estaba a mi alcance — que justo ahora empieza a estarlo—. En la de Foix, hallaba un mundo, no sé, más terrenal y luminoso. Con Foix llegué a tener un trato directo, casi familiar. Entre las cosas que me confió, figura un viejo ejemplar de *Gertrudis* dedicado a su mujer, *l'anti-Gertrudis, victoriosa*. ¡Qué fajo de sugerencias tiene, la dedicatoria, para quienes intenten aproximarse al hombre y el poeta! Tanto como su obra, me ayudó, su trato, a ahondar en los pozos de la creación. Un verano me invitó, como antes había invitado a Tàpies, a Brossa y a Albert Manent, a pasar unos días en su refugio del Port de la Selva. Y, desde el Port, hicimos excursiones a Cadaqués, a Sant Pere de Roda, a... Una noche, paseando por la bahía enlunada y trasparente del Port, vimos, deshinchada, la mano roja de un guante de los que se utilizan en la limpieza, o en ciertos tejemanejes mecánicos, posada sobre uno de los árboles de algas que poblaban el fondo marino, siempre fijo y cambiante. ¡Qué visión a la manière de un Tanguy o un Miró! Ante el hallazgo, Foix desarrolló toda una teoría sobre el azar y la inteligencia. Y entendí, de golpe, lo que era su realismo. Como lo entendí cuando, en playas aún domésticas, buscábamos piedras en las que descubría la sorpresa incitante de una forma que era, a la vez, real y abstracta, espontánea e intelectual. Eterna. ■

Joaquim Molas

Parece ser que se impone el triunfo de lo abstracto sobre lo concreto. Cuanto menos dueño de sí es el hombre, más habla de libertad. La política deja de ser un medio posibilista y pragmático, para convertirse en una utopía alienante en la que se depositan todas las esperanzas de una felicidad alucinada. No puede extrañarnos, pues, que cuando tanto se habla de catalanidad se olvide el nombre y la obra de ilustres y concretos catalanes. De hombres que dan un contenido intelectual, lingüístico y culto a nuestro país, y con ello la fisonomía de una nacionalidad y los vínculos para un diálogo creador. Exacerbados por el futuro, pantalla de proyección de tantos sueños, en lugar de integrar, signo de madurez, rompemos. Como si del árbol sin raíces pudiera brotar un fruto mejor.

Creo que al hablar de la sorprendente riqueza literaria de Catalunya en los últimos cien años, es inevitable resaltar todo el significado y valor de la obra de J. V. Foix. Poeta y prosista que de forma singular muestra que la tradición implica progreso. La tradición, en efecto, es un «dar más allá». Supone un desenvolvimiento temporal que va asumiendo todos los significados permanentes de este recorrido. Y si el progreso es, como dice Lain Entralgo, «pasar quedando», resulta que tradición y progreso, lejos de ser antónimos, son verdaderos sinónimos. La tradición es la experiencia de un pueblo. Una época que rompe con ella, señala la presencia de tiempos adolescentes y aún quizá pueriles.

El lenguaje de Foix asume y revitaliza toda la tradición idiomática del catalán en su manifestación más pura. Su entronque con los clásicos, desde Ramón Llull a Ausiàs March, es patente. Pero hace aún más. Su dominio inapelable de la lengua, le lleva a una elaboración personal que soslaya la erudita imitación para alcanzar una

sorprendente y revolucionaria recreación. El temple idiomático de su genuino catalán es el vehículo adecuado para inaugurar y plasmar un tipo de poesía que en sus conceptos y estética representan la incorporación de unas formas que siendo vitalmente autóctonas se incorporan, plétoicas, a la lírica universal.

Vemos, pues, en J. V. Foix esta sólida raíz tradicional que fija lo adquirido y asegura un terreno consistente capaz de soportar un poderoso impulso hacia adelante. Aparece así el investigador en poesía, como él mismo se define. Este investigador capaz de explorar, con el hilo de Ariadna de su sólido trasfondo clásico, todos los caminos del vanguardismo sin extraviarse jamás. Por eso el vanguardismo de Foix no tiene la efímera temporalidad de las modas, sino que permanece adscrito al acervo de la historia de la literatura.

¿Estilista, surrealista, simbolista?... Algo de todo ello, pero sólo como medio. Todo «ismo» concluye una restricción sectaria como sacrificio teórico a una escuela determinada. Todo «ismo» es una mutilación. Por eso el término surrealismo, con el que más definirle se le ha encasillado, resulta falaz. Si la oscuridad del surrealismo consiste en su forma automática de des-carnar el yo, la oscuridad aparente de Foix consiste, más bien, en un púdico y clásico afán de ocultarlo. Incluso las motivaciones románticas que asaltan o inspiran al autor son siempre atenuadas por restricciones irónicas o intelectuales con las que interfiere y atenúa toda expansión sentimental. La reflexión canaliza de continuo la evidente hiperestesia del autor ante la realidad. Cierto que Foix, exaltado por la sensibilidad, se complace en singulares abstracciones y analogías, pero tales metamorfosis vienen encauzadas por una intencionalidad artística e intelectual.



Foix, con la señora Ventalló, en Port de la Selva (1950) el rincón donde el poeta halló refugio.

tual que hacen patrimonio de la voluntad creadora consciente lo que en el surrealismo de escuela es resultado del azar. El paso por lo sobrenatural es un medio que Foix no desdeña, pero nunca se condiciona a él. La disciplina de su imaginación creadora impide que desfallezca por las casuales confusiones de la fantasía.

La obra de J. V. Foix tan rica, tan reveladora, medio de conocimiento que incide en el espíritu y en la sensibilidad emocional, ha de invitarnos a que, como en su propio legado, revitalicemos todo nuestro pasado —hombres y lenguaje— para poder lanzarnos, aeronautas con cargamento, a

las más arriesgadas investigaciones de la libertad creadora.

... Dels qui en vulgar parlaren sobirà,
—Oh, Llull! Oh, March!—, i amb claredat de signes,
Rústec però sever, pogués rimar
Fels qui vindran; si ponderats i dignes
Els meus dictats guanyessin el demà
Sense miralls ni atzurs, arpes ni cignes.

Quizá sean las propias palabras de Foix, en los dos tercetos que transcribo, las que mejor ilustran lo que he tratado de apuntar. ■



J. V. Foix-«Focius»

Enrique Badosa

¿Descubrir a J. V. Foix? Claro que no. Sí, redescubrirlo. Esto es, releerlo, recordarlo, leerlo y recordárselo a los demás..., precisamente en una ocasión gozosa como ésta, la de los ochenta y cinco años del autor de «Sol, i de dol». Uno de los mejores homenajes es la lectura de un escritor, la difusión de sus obras. No hay estatua o monumento público y más sólido que la edición de un libro. También, claro, es buen homenaje hablar del poeta: de J. V. Foix y de «Focius». Nombre y seudónimo que en este caso resultan un tanto paradójicos, puesto que J. V. Foix sostiene que el nombre de un escritor es su seudónimo, en un intento —muy foixiano— de distinguir al poeta del hombre cotidiano... Y el nombre sería, en pala-

bras suyas, «el falso seudónimo». Esta paradójica distinción no impidió, sin embargo, que J. V. Foix adoptara un seudónimo, en la acepción común del término: «Focius», con el que consiguió algo tal vez inédito en la historia de la poesía... y del periodismo.

A menudo J. V. Foix ha comentado que su gran vocación era el periodismo. Tuvo oportunidad de satisfacerla, aunque no plenamente, en «La publicitat». Un periodismo creador en el más estricto sentido profesional de la prensa: el de la noticia. Pero junto a este periodismo, en el que no «hacia literatura», otro: el que aunaba al periodista y al poeta. En este rotativo, de vez en cuando el lector quedaba sorprendido por una noticia breve que bajo la rúbrica de «Meridians»,

le ofrecía unos hechos entre reales e irreales, increíbles y al mismo tiempo verosímiles gracias al lenguaje de su autor. Eran noticias firmadas «Focius». Y aunque por error alguna vez hubiera aparecido sin firma, quién no hubiera identificado un estilo mental y un estilo literario, y esa inconfundible foixiana pulsación del idioma. Hoy, los tiempos no permiten semejante periodismo. Peor para los tiempos, para nosotros.

Sí, «Focius» era el J. V. Foix que poéticamente se iniciaba con un libro de poemas en prosa, «Gertrudis», de título nada «alarmante»... Esto era en 1928. Ya resultaría «alarmante»... su segunda obra, aparecida en 1932. ¿Qué era eso de «KRTU»? ¿Surrealismo? Hasta después de la guerra civil no publicará «Sol, i de dol», que recoge los sonetos compuestos entre 1913 y 1927. Para el gran público —para el no muy extenso gran público lector de poemas—, se ponía en claro quién era J. V. Foix. Para las nuevas generaciones, sin embargo, mientras se ganaba a J. V. Foix se perdía a «Focius», por lo menos por lo que respecta a la prensa diaria. No se perdía, no, para quien lograra la amistad y la palabra hablada de J. V. Foix.

Llevo muchos años con el honor y la gratitud de esa amistad foixiana. Lo cual significa que soy de los que mientras cada vez más «ganaban» a J. V. Foix no «perdían» al «Focius» que llevaba a la conversación ese rigor mental y verbal, esa información e incluso ese humor —en el más noble sentido de la palabra— propios del «Focius» de la prensa. J. V. Foix el gran poeta y el gran conversador. ¡Y en modo alguno un conversador que hablase «poéticamente», «literariamente»! El J. V. Foix-«Focius» intelectual, agudo, ingenioso sin pretender serlo, muchas veces tan lapidario en sus juicios —fondo y forma— como en tantos de sus versos.

El autor de «Les irrealis Omegues» es hombre de palabra exacta, literariamente exacta, creativamente exacta en lo que escribe y en lo que dice. Por supuesto que en la conversación «Focius» deja el lado literario-inventivo de sus «Telegramas»... Pero persiste la invención verbal, tan nueva, tan de «Focius» y de J. V. Foix al mismo tiempo, que de una conversación suya hace una página de su obra.

Como amigo y traductor (1) de J. V. Foix, he tenido la ocasión, y aún la tengo, de saber mucho del «Focius» oral: lo mismo y siempre el mismo, en la placidez de su casa ambientada de Mirós, que con mano sabiamente marinera el poeta lleva el timón de su barca y de pronto se ha levantado la tramontana de El Port de la Selva. Su obra escrita aquí está. Nadie puede alegar ignorancia. Esta otra obra, la oral, la del «Focius» que quedó sólo en la conversación, nunca podrá ser perfectamente transmisible, por hábiles que sean en el recuerdo y con la pluma, quienes hayan gozado de ella. Pero ha sido y es un hecho de creación tan peculiar y para siempre nueva como lo es cuanto ha escrito J. V. Foix. ■

(1) «Antología de J. V. Foix»: primera edición, sólo con la versión castellana, colección «Adonais», de Ediciones Rialps, 1963; primera edición bilingüe y aumentada, colección «Selecciones Poesía Española», de «Plaza y Janés», 1969; segunda edición bilingüe, revisada y aumentada, en la misma colección, 1975.